

La crítica literaria y la enseñanza de la literatura

Federico PATÁN

Universidad Nacional Autónoma de México

Pongámonos en una situación extrema e intentemos imaginar un curso de literatura por completo ayuno de crítica. Significaría un maestro sin lectura alguna excepto la directa, la de los textos cuyo comentario se hará a lo largo de las 26, 38, 52, etcétera horas que el semestre abarque; significaría un alumno sin lectura alguna, incluyendo la directa, pues aguardará ésta allí, en esas horas de clase mencionadas; significaría libros de contenido limitado a lo literario, sin prólogos, epílogos o notas a pie de página. Se abre el volumen y tras la portadilla nos toparemos con alguna frase como las siguientes: “En verdad profundo es el pozo del pasado”; “Que termine siendo yo el héroe de mi propia vida, o que alguien más ocupe ese puesto es algo que estas páginas habrán de aclarar”; “Estábamos en clase cuando el director entró, acompañado de un alumno nuevo vestido de burgués...” A partir de ellas, vendría el avance laborioso a lo largo de la obra, siempre a partir de una virginidad absoluta respecto a ideas preconcebidas, influencias o juicios ajenos.

La imagen es, desde luego, absurda. No puede ni debe existir situación de aislamiento tan extremo que impida un mínimo de contacto con la cultura, de la cual la crítica es parte inalienable. Pero insistamos en creerla posible. El maestro cumple su primer año de clases, dice adiós a quiénes hayan conseguido aprobar el curso, descansa como le sea posible en el periodo de vacaciones y helo aquí de vuelta en el salón de clase, frente a un grupo prácticamente nuevo, excepto por los rezagados de la hornada anterior. El programa es el mismo, pues los programas suelen padecer el mal de la inmovilidad absoluta. Abre el primer texto y lee que “en verdad profundo es el pozo del pasado”. Sin embargo, una metamorfosis radical ha ocurrido: no hay cambio alguno pero las palabras han cambiado.

Esa modificación viene de algo tan sencillo como lo siguiente: el profesor sabe ahora que allí están esas palabras, que son las primeras del texto cuyas posibles virtudes va a examinar, que después vendrán

otras en un orden inamovible, que ante ellas tuvo una cierta reacción y expresó ciertas opiniones. Es decir, ha perdido la inocencia; se ha vuelto crítico de la literatura o quizás su comentador o, en el peor de los casos, su conocedor. Dicho de otra manera, escrita la literatura, creado el lector; hecho el lector, surgida la crítica. Porque toda lectura verdadera debe ser crítica en uno, en varios, en todos los aspectos. Curso de literatura que olvide esto y se vaya por los caminos exclusivos de la historia o del diccionario biográfico, curso traidor a la esencia de sus propósitos.

Porque literatura y crítica literaria nacieron casi juntas y muy pronto se casaron. Fue y es matrimonio de tirarse los trastes a la cabeza, de quejarse con los vecinos de maltrato, de afirmar mil veces al día la decisión de divorcio sin jamás llegar a él. Dejemos de engañarnos: literatura y crítica nunca habrán de apartarse porque, pese a todas las diferencias e insultos, no desean vivir separadas, no sabrían vivir separadas. Ese nacer casi juntas significa anterioridad de la literatura, aunque sea por un lapso breve; quizás de aquí le venga su aparente desprecio por la segunda. Ésta, la crítica, es parásito de ella, pero muy a menudo supera su condición de súbdita y pasa a la categoría de actividad independiente, necesaria de estudiar por sus valores propios, sea cuando gira en torno a la literatura, sea cuando se vuelve sobre sí misma y recibe el nombre de metacrítica. La crítica literaria conserva todos esos papeles en el salón de clase: aquel subordinado de apoyar la lectura de una novela, un poema, un drama; ese otro equivalente de ameritar examen por sí misma, pues el Lawrence ensayista es inseparable del Lawrence narrador; y ese tercero de volverse teoría. En el salón de clase crítica y literatura siguen siendo cónyuges, tocándole al profesor el papel de consejero matrimonial; él habrá de decidir la importancia que a cada elemento conceda en esa unión.

En los cursos suele entenderse por crítica “el arte de formarse juicios sobre una obra de literatura”, con la incómoda aparición aquí de ese vocablo en exceso generoso: arte. Pero siempre ocurre esto con base en lo descrito acerca de dicho texto. No negaremos lo cierto de esa afirmación, pero sí quisiéramos matizarla un poco, pues sin duda hay en la crítica literaria más posibilidades que el ser mero repertorio de opiniones ajenas o, en el peor de los casos y para nuestros alumnos, campo riquísimo donde cosechar ideas con olvido pleno de las comillas. Dado tal propósito, dividamos nuestra zona de actividad en tres compartimientos, aceptando de antemano lo artificial de esta separación, pero defendiéndola con la excusa nada desdeñable de que es

práctica. Maestro, curso y alumno forman la tríada; es decir, iremos de quien prepara e imparte a lo que prepara e imparte, concluyendo la exposición con esa persona llamada estudiante, para quien se prepara e imparte.

Dijimos de la literatura que no permite virginidades a largo plazo. Cuando el profesor se planta frente a un grupo e inicia un año escolar nuevo, trae consigo una preparación, una experiencia, una ideología y un enfoque de la didáctica de inmediato reveladores de una cierta actitud. Podrá ser el profesor indiferente y ya cansado, mero burócrata de su oficio, cuya mente va sin cesar a las manecillas del reloj mientras la lengua, y sólo la lengua, derrama una serie de datos siempre iguales y en el mismo orden. Es caso lamentable, que no merece comentario: repetirá ideas fósiles tomadas de algunos textos informativos cómodos, y poco aportará de la cosecha propia. El alumno igual podría ir a esos textos fáciles y extraer de ellos la información mínima indispensable para enfrentarse a un examen o fabricar un ensayo. En este caso, la actitud del profesor hace que el uso de la crítica sea equivocado y, si no equivocado, por lo menos pobre, pues la reduce a instrumento para aprobar un curso, y le quita todas sus posibilidades de diálogo.

Habrà el maestro informativo, ágil en el manejo de su perspectiva, entusiasta, para quien el texto literario es una forma viviente digna de examen. Lee sin cesar libros de crítica, de comentario, de historia de la literatura; trae a clase los nuevos datos descubiertos y el alumno adquiere, por lo menos, un buen panorama sustentador de sus lecturas propiamente literarias. Tal vez en este tipo de curso el análisis de éstas no sea lo más importante, pero se sabrá que la narrativa, el teatro y la poesía son una fauna rodeada por cazadores expertos en el arte de la interpretación. Aquí la crítica adquiere fuerza y se la dignifica en su desempeño, pues se la comprende en su tarea de iluminar. Son cursos en los que no suele pedirse del alumno el compromiso de dar una opinión personal.

Para Lionel Trilling la literatura moderna, y nosotros diríamos que toda buena literatura, “da al lector una base y un punto de observación desde los cuales juzgar y condenar, y tal vez revisar, la cultura que produjo” a ese lector.¹ Se le concede a la literatura, pues, un papel crítico, activo. Pensamos que el mejor maestro, el plenamente formativo, comparte ese papel. Entiende la literatura como un comentario,

¹ Lionel TRILLING, “Preface” to *Beyond Culture*. England, Peregrine Books, 1967, p. 12.

como una vía de conocimiento, como un placer estético, y desea llevar al espíritu de sus alumnos esa actitud crítica. Da a la obra literaria un primer plano en todas las actividades de la clase, y el resto de los elementos gira alrededor de aquélla. La crítica será entonces complemento de la lectura hecha del texto literario; reforzará conceptos deducidos primero en el salón por el alumno, para hacerle ver ángulos tal vez omitidos en el comentario o para ponerlo ante ideas opuestas a las ya expresadas, con las que puede dialogar. En estos casos, la crítica utilizada en el salón se subordina al texto literario con el propósito de enriquecer *a posteriori* la lectura que de él se haya hecho.

Nuestro ritmo de exposición es, de necesidad, presuroso. A un tema vasto y no muy estudiado corresponde un tiempo quizás no mínimo, pero sí muy justo. Digamos por tanto y un poco de pasada, que la crítica está presente en clase de un modo más sutil que el anterior: en el profesor mismo, quien viene al curso cargado con sus preferencias, no sólo en el sentido de cuáles autores le gustan, sino también de cuáles críticos. Inevitablemente se le infiltran éstos en lo que expresa, le matizan el enfoque, le dirigen la línea del comentario; entonces, sin estar el alumno enterado de ello, recibe por vía indirecta la opinión crítica de quienes participan en la estructura conceptual del docente. Por simplificar, digamos que en clase, y por parte del profesor, hay un manejo consciente de la crítica, pero asimismo otro inconsciente, no necesariamente inferior en importancia al primero.

Así pues, y claramente, no hay clase de literatura sin crítica. La cuestión radica entonces en decidir cuándo y cómo utilizar esta última en el salón. Pensamos que primero ha de venir la preparación del terreno; es decir, los antecedentes históricos, sociales, etcétera de la obra. Enseguida, la lectura fuera de clase y el examen en esta del texto literario, para concluir con el abordaje de la crítica. A ésta corresponde reforzar, confirmar e incluso modificar la visión extraída por el alumno de su diálogo con la literatura, pero al alumno corresponde el derecho de opinar sobre lo leído, de equivocarse en su opinión y aprender de sus equivocaciones. Allí está el profesor para guiarlo en el proceso. Insistamos en que la crítica es un mero enriquecimiento del núcleo inicial, creado a partir del contacto que el alumno tenga con la literatura. Si una clase es incapaz de formar ese núcleo independiente, no valdrá mucho como experiencia formativa.

El volumen de crítica empleado en clase y el tipo de manejo que se permita a los alumnos estarán en razón de la naturaleza del curso. Unos son los estudiantes de primer año de la carrera, otros los de seminario cuando la conclusión de los estudios. Pero ¿cuáles son las

opciones del profesor? Cabe la posibilidad de asentar el curso en el empleo dominante de la crítica, más no es lo aconsejable. Se encarcelaría al estudiante en criterios ajenos, terminaría creyendo que se ha dicho todo respecto a las obras del pasado y no vería caso en arriesgar una opinión propia. El alumno debe entrar a la obra como si acabaran de publicarla y a él correspondiera el comentario inicial. La crítica habrá de ser siempre complemento, incluso cuando el estudiante haya madurado al grado de poder entablar un diálogo con ella de igual a igual; es decir, ya en las etapas últimas de la licenciatura o en posgrado. En esos momentos, hecha la lectura o la relectura de la obra literaria, se pasa a una esgrima de posiciones con la crítica, y se estará en una etapa superior del proceso que hace del alumno un ser de espíritu crítico y cuestionador.

Claro, no debemos soslayar el papel de la crítica en los ensayos de los alumnos. En un primer momento los estudiantes redactan aferrándose con desesperación a la opinión ajena. Debemos permitirles esto si el trabajo parte de la honestidad, y jamás se oculta la procedencia del material utilizado. En el hecho de buscar críticas, de leerlas, de extraerles ideas e insertar éstas en el texto propio hay ya mucha formación y aprendizaje. Toca al profesor, con su comentario minucioso al ensayo del alumno, indicar fallas de procedimiento, nebulosidades en la comprensión o en la expresión, impertinencia de algunas citas, etcétera.

Cabe preguntarse si el profesor ha de imponer la lectura de ciertas críticas o dejar al juego del azar esto. Ni lo uno ni lo otro por sí solo. Recomendará como importantes algunos ensayos indispensables de conocer, y dejará al grupo la libertad de elegir otros para los trabajos parciales o semestrales, de modo que se dé una mezcla óptima de estudios guiados y exploración libre. Sólo de esta manera se logrará en el alumno independencia de criterio. Acaso se opte, vía alterna, por entregar una lista generosa de títulos, pidiéndole a la clase que se limite a elegir de ella y se base en la información obtenida de lo elegido. Ahora bien, no se permita en el alumno la holganza de todo extraerlo de la crítica; incluso en el primer año de la carrera habrá de adelantar algún juicio propio, sin duda inmaduro y titubeante, pero merecedor de cultivo, pues de los titubeos iniciales vendrá la posibilidad de asegurar afirmaciones futuras. No es el caso ahogar con la burla o el desprecio lo opinado por quien se abre camino en el quehacer crítico a partir de una preparación deficiente, y deficiente más que nada a causa del sistema educativo.

Pero aparte del profesor están los cursos y éstos, de acuerdo con su índole, piden un manejo específico de la crítica. Algo de esto apuntamos ya anteriormente. En nuestra licenciatura distinguimos dos caminos, aunque tal vez la gama de posibilidades sea más rica. Hay a lo largo de cuatro materias y algunos seminarios un proceso de crítica vuelta sobre sí misma, de crítica dedicada al estudio de sus propias interioridades. En este campo, la literatura se limita a ser un mero conjunto de ejemplos al servicio de aquélla, y lógico es que así suceda. Hoy día el quehacer crítico se compone de teoría, métodos y herramientas infinitos, y sólo una parcelación, clasificación y medida de sus objetivos, de sus aspectos prácticos, de sus virtudes y deficiencias permitirá su manejo adecuado. Es el único momento en el cual la literatura se subordina a la crítica: cuando la metacrítica es el propósito central. Y a nadie lastima el abordar las propuestas que se vayan haciendo en tal terreno, pues rechazar tras conocer tiene sentido, no teniéndolo el rechazar sin haber conocido. Por lo mismo, perogrullada al calce, sólo es válida la aceptación surgida del análisis minucioso de una corriente crítica, sea tradicional o nueva. Este espíritu de conocer, analizar, elegir y aplicar debe entrar en el modo de ser de nuestros alumnos. No sólo ha de pertenecerles el manejo de una, dos, varias o abundantes escuelas críticas, sino el dominio del criterio para manejar esas escuelas.

En cuanto a los cursos de literatura, hemos cubierto ya lo más importante. En ellos la crítica del texto será siempre servidora de las obras literarias, y en esa servidumbre tiene su razón de existencia. Su peso en cada curso estará graduado de acuerdo con el lugar de esos cursos en el plan de estudios, e irá de ser mayormente una fuente de información a convertirse en elemento propicio al diálogo. Este papel último se incrementará en los seminarios, donde el análisis o comentario directo y lo más exhaustivo posible de la obra sujeta a examen queda, en grado sumo, en manos de los alumnos, con la discreta pero firme guía del profesor. Aquí, en los seminarios, la presencia de la crítica es plena; participa, en ocasiones, con igual fuerza que la obra literaria, aunque siempre subordinada a ésta. Será el alumno, desde luego, quien disponga la utilización de esa crítica e incluso la proponga, manteniendo el maestro su posición de guía discreto.

Vayamos a la tesis. En ella la crítica tiene, y poco mérito hay en esto, dos papeles inferiores: uno, el de informar qué se ha investigado ya, para no repetir esfuerzos; dos, el hacerle al estudiante su trabajo. Sin embargo, la tesis debe ser punto donde los maestros midan la bondad de los esfuerzos llevados a cabo con un alumno. La calidad

de la tesis refleja, en buena parte, la calidad de la enseñanza. Y cuando un pasante muestra buen criterio en el abordaje y comentario de una obra literaria, en la elección y manejo de la crítica, en la aplicación de una metodología de trabajo y en las respuestas dadas cuando el examen profesional, hay incluso para los docentes mención honorífica. Y, desde luego, no se logra tesis buena sin un buen uso de la metodología crítica y de la crítica literaria; no hay un buen uso de ambas sin una enseñanza cuyo propósito sea fomentar en los alumnos el espíritu crítico.

Hemos llegado al tercer punto: el alumno. Viene a nosotros con tal ausencia de preparación general y de lecturas, que pudiéramos creerlo Adán en el paraíso. De ser así, hagámoslo caer en pecado lo más pronto posible. Tomemos la manzana del conocimiento (es decir, en este caso la metodología crítica y la crítica literaria) y que la coma a mordiscos menudos, mastique las 32 veces de rigor cada bocado y saboree con deleite el variado gusto de lo llevado a la boca. De esta manera, la digestión será placentera y provechosa. Recordemos que sabe muy poco, apenas lo indispensable para abrir tímidamente un libro y preguntarse entonces qué hacer a continuación. Si le enseñamos primero los rudimentos del oficio, afinamos después el proceso de maduración y terminamos dándole relativa libertad de acción, lo capacitaremos en la tarea de independizarse como ser pensante. En tal desarrollo, los variados aspectos de la crítica que hemos mencionado le dirán la manera de tomar la manzana, de morderla, de mastigarla, de tragarla y de digerirla. Tan sólo cuidémonos de que esta secuencia de actividades no acabe siendo el fin buscado en lugar de medio hacia otra meta mayor, y lo que aplicamos como elemento liberador se vuelve cárcel de muros muy atractivos, pero cárcel al fin.